

**Discurso De Contestación
Del Académico**

Don Manuel Caballero

A quienes como estudiantes o como profesores, hemos frecuentado las aulas, les resulta normal saber de alguien que ha perdido el año por inasistencias, en plural. Pero no sabíamos de nadie que hubiese corrido el peligro de perder un año por inasistencia, en singular. Por eso, debía haber causado asombro en la Escuela de Historia saber que María Elena González Deluca, no sólo hubiese faltado a un acto muy importante, un examen o algo así, sino que además, en la clase del día siguiente, explicase que lo había hecho “por razones personales”, la excusa habitual de los malos estudiantes y de los profesores irresponsables. Pero aquí nadie se atrevió a decirlo, porque que esas “razones” eran en efecto, las más personales posibles: ese día, había entrado, como se dice en la jerga médica, “en trabajo de parto”, el cual trabajo, al final del día, le hizo traer al mundo a su primogénita, la cual más tarde llegaría a ser la Arquitecto Idana Rodríguez González que hoy nos acompaña, con legítimo orgullo filial, en este acto.

Esta será nuestra única (por lo demás ineludible) alusión a lo que los ignaros redactores de la actual y vapuleada Constitución llaman “género”, (confundiendo los términos “género” y “sexo”) de quien hoy recibimos como uno de los individuos de número de esta Academia.

Algunos años más tarde, siendo ambos profesores de la misma Facultad, como es normal en organismos colectivos, en este caso el Consejo de Escuela, tuvimos algunos desencuentros, para no llamarlos enfrentamientos, que nunca llegaron a serlo de verdad. Lo que sorprendía era la poca atención que poníamos en calzar guantes para la pelea, sabiendo todo el mundo nuestra alta y mutua estima intelectual, y la amistad que me unía a ella y a su familia. De mí a nadie le extrañaba la vehemencia; pero de ella llamaba la atención que aquel

ser apacible y poco amigo de alzar la voz, pudiese defender con tal fiereza lo que creía justo, a riesgo de ser considerada intolerante. Esta última palabra me da pie para referirme a otra condición personal de las muchas que adornan a quien hoy invitamos a hacernos compañía: la de no temerle, de ser necesario, a nadar contra la corriente.

Cuando aquí mismo se le otorgó a ella el Premio Nacional de Historia, en las bocas de cada uno de nosotros se formaba a cada rato la palabra tolerancia, como un aliento de esperanza pero también como un dique contra el torrente de odios que veíamos desencadenarse sobre nuestro país, sobre nuestra sociedad, sobre todos nosotros. En su discurso de aceptación, ella lanzó una advertencia: no toda tolerancia es buena; tenemos el deber de ser intolerantes frente al despotismo, al autoritarismo; en una palabra, frente a la intolerancia.

Pero la responsabilidad en el trabajo, la honestidad intelectual y la intolerancia frente a la intolerancia pueden ser puestas, y de hecho lo son, en un platillo de la balanza donde calibramos méritos para ser admitidos en cualquier corporación. Pero hoy queremos hablar de algo más específico : de los méritos de María Elena González Deluca para ser recibida como Individuo de Número de esta Academia Nacional de la Historia.

Hace algún tiempo, en un trabajo suyo sobre el Ilustre Americano Doctor y General Antonio Guzmán Blanco, al referirse a la corrupción, constataba cuán difícil era hoy entrarle a un problema que nos resultaba “emocionalmente muy cercano”.

Aquí se revelaba una faceta de la personalidad intelectual de María Elena: en su prosa se confundían la sutileza de su estilo y la conciencia de estarse enfrentando a un tema no como un simple ejercicio historiográfico, sino como debe hacerlo todo historiador digno de tal nombre: plantado, tal como lo quería Marc Bloch, en la realidad presente. Condición que lo aleja del simple cronista asexuado, coleccionista de fechas y pulidor de bronces.

Hablar de este trabajo nos da pie para referirnos a uno de los mayores logros intelectuales de María Elena: su libro *Negocios y política en tiempo de Guzmán Blanco*. El título refleja no sólo el contenido del libro, sino de toda su obra historiográfica: su voluntad de tomar el toro por los cuernos.

En este caso, ingresando a un tema que por lo general, evaden profundizar quienes escriben sobre Guzmán Blanco: el de la fuente y los meandros de su riqueza personal. Y por otra parte, partir del estudio de una recia personalidad sin caer en el anecdotario biográfico. Este es un libro de una gran complejidad y riqueza, pero queremos destacar apenas un apunte. Enfrentando lo tradicional, que era constatar la deshonestidad personal del Ilustre Americano y quedarse allí, María Elena nos recuerda que además, intelectualmente él estaba muy por encima de los políticos de su momento, sobre todo por sus conocimientos en materia económica. Para decirlo con sus propias palabras al referirse a esa experiencia exclusiva de que solía jactarse Guzmán, ella ... “había requerido un sistemático y largo entrenamiento que se extendió por más de un cuarto de siglo”. En otras palabras que, al revés de los chafarotes que gobernaron a Venezuela, Guzmán Blanco no era un improvisado; cosa que para el lector corriente contiene a la vez un elogio y una severa crítica, pues el Ilustre Americano no tenía, para sus errores, la excusa de la ignorancia.

No podemos extendernos en el análisis de este libro, y nos limitaremos a repetir lo que a raíz de su primera edición, escribíamos en un ensayo sobre el tema: que ... “nada nos agradaría más que se dijese de él que no pasa de ser una nota bibliográfica [sobre el volumen de María Elena González]: pocas veces se tiene la suerte de hacer una sobre un libro por tantos respetos ejemplar”.

En la próxima cuartilla trataremos de ser lo más breves posibles, para no hacerle sufrir a Uds. lo que nuestras espaldas debieron soportar: el volumen de uno de los más extensos y profundos trabajos de María Elena, su libro sobre *Los comerciantes de Caracas*. Atribuí a la maldad de algunos colegas de la Facultad el que me hubiesen desig-

nado jurado de ese libro que presentó como trabajo de ascenso: andar para arriba y para abajo con esas mil páginas me prometía cuando menos una hernia discal. Por fortuna, dejé de maldecir y me puse a leerlo: allí estaba María Elena de cuerpo entero, combinando una limpia prosa con el rigor metodológico de un relevante profesional de la historia.

No quiero que estas últimas frases se tomen como simple halago a una persona que se quiere elogiar como se supone que deba hacerse en un discurso de ocasión.

Este es el tipo de trabajo que de entrada, presentaba dos obstáculos para una investigación científica. El primero era el de ser un libro de encargo: en efecto, la Cámara de Comercio de Caracas se lo encomendó para celebrar un siglo de su existencia. El segundo es que el título mismo del volumen parecía anunciar una exposición puramente descriptiva, una especie de Who is who de la corporación. Pero María Elena saltó con gracia esos obstáculos. Su trabajo combina los dos elementos, que según ella misma insiste siempre en sus clases, debe contener una buena disertación histórica: información y crítica en un sabio equilibrio. Eso permite llegar al fin de ese grueso volumen sin sentir la pesadez de una indigestión. Y debo confesar algo que espero que la discreción de Uds. conserve dentro de estas cuatro paredes: al hablar de su prosa me mueven dos sentimientos encontrados, la sana admiración y la cochina envidia.

Ahora voy a incurrir en una de esas indiscreciones habituales en los periodistas (en su jerga lo llaman “tubazo”) y que es la pesadilla de los escritores, en particular los narradores, los autores de obras de suspense. Voy a hablar de lo que no es exagerado llamar la obra maestra de María Elena, pero que es desconocida fuera de las cinco personas que formamos el jurado de su tesis doctoral. Como suele suceder con los trabajos universitarios, este manuscrito reposa en la gaveta de la autora donde duerme el sueño de los justos esperando que se interese por él alguna de las morosas editoriales universitarias. El trabajo se titulaba, al presentarlo como disertación doctoral, “William Anderson

Pile, el gringo que puso a Caracas sobre rieles”. Se trata del estudio de la vida y obra del constructor del ferrocarril Caracas-La Guaira. Como lo constató el jurado, se sintetizan en una sola, tres tesis: un singular y profundo estudio biográfico del personaje; una comparación llena de sorpresas entre los EEUU donde él fue gobernador del futuro Estado (entonces Territorio) de Nuevo México y representante (diputado) por Missouri; y una síntesis de la historia de Venezuela bajo el guzmancismo.

No debo cerrar estas líneas sin referirme a dos cosas: la primera, al texto que hoy nos ofrece María Elena como discurso de incorporación a esta Academia. No voy a adelantar nada de lo que ella misma se encargará de hacer con su brillo habitual. Pero hay una simple enumeración suya que dice mucho más que una sesuda argumentación sobre el significado de lo que podríamos llamar “la Venezuela de a pie” en el arranque de nuestro proceso independentista, antes de que derivase en una guerra donde “la Venezuela de a caballo” terminó por destruir “tres siglos de industria, de ilustración y de cultura”. Es lo que ella llama “un sector original de la sociedad colonial venezolana”: su notable élite intelectual “integrada por un gran número de talentos excepcionales sin parangón en otros territorios coloniales de importancia comparable”. De la lista que ella presenta (“y me quedo corta”, dice) nombraremos apenas a los más conocidos Andrés Bello, Simón Bolívar, Francisco de Miranda y Simón Rodríguez. Pero más que una lista, lo que llama más poderosamente la atención son sus tres rasgos distintivos: ... “la numerosa presencia de pardos entre los más destacados músicos, pintores, escritores, cirujanos, juristas[...]; la baja presencia de religiosos en este grupo, en contraste con otros territorios de la región; la gran cantidad de figuras destacadas de gran proyección intelectual que se integraron al debate político de la época”.

En segundo y último lugar, porque aquí debo concluir, es ineludible referirse a la trayectoria académica de la nueva numeraria de esta corporación. María Elena González Deluca se licenció en la Universidad Central de Venezuela en unos estudios de Historia que había comenzado en la Universidad de Buenos Aires. Al poco tiempo, se

presentaba con gran éxito a un concurso para ingresar a la planta profesoral de esa misma Escuela donde se había graduado, iniciando una brillantísima carrera académica que en los lapsos correspondientes, la hizo llegar hasta su condición actual de Profesor Titular, jubilada pero activa (deberíamos decir, activísima). Durante varios años, becada por la UCV, vivió en Londres, donde obtuvo un Master of Science en la muy prestigiosa London School of Economics. Más tarde, se doctoró en nuestra UCV, con la tesis ya aludida.

No puedo alargar demasiado esta exposición recordando la gruesa cantidad de títulos que forman la bibliografía de María Elena, su participación en congresos de historiadores dentro y fuera de Venezuela. De su labor como educadora son los mejores testigos las decenas de alumnos suyos en cuarenta años como profesora en la UCV, quienes la recuerdan con una mezcla de admiración por la profundidad de sus conocimientos, terror por su rigor académico, y cariño por la calidad de sus exposiciones y el interés por el desarrollo intelectual de sus alumnos.

Cuando se ingresa a una institución como la nuestra, se suele decir que es un honor que se concede al nuevo miembro. Aquí, la recíproca es también verdadera: nuestra corporación se honra y felicita de contar a partir de hoy entre sus Individuos de Número a una gran venezolana, Doña María Elena González Deluca.

Editado por la
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Impreso en los talleres litográficos
de GRÁFICAS FRANCO, C.A.

Julio de 2010

teléfonos: (0212) 483.2574 - 3396 - fax: (0212) 481.3549

correo-e: johnfrancog@cantv.net

correo-g: johnfrancog@gmail.com

Caracas-Venezuela